

Para no caer al suelo, para no sentirse titubear, ha tenido que recostarse en un muro de la calle. Un largo rato ha permanecido Juan con la vista fija en el monasterio. Una campanita ha sonado, cristalina, pausada, una hora. Juan ha vuelto al hotel. Al día siguiente, por la mañana, visitará el maravilloso edificio.

La noche ha sido febril, desasosegada para el buen caballero. Su organismo débil, enfermizo, se ha conmovido todo. Y en su espíritu comienza a entrar la temida pasión. ¡Qué horas angustiosas las de esta noche! ¿Era posible que en el fondo del alma del caballero existiese este acervo psicológico que él mismo desconocía? En adelante, una nueva vida iba a comenzar para él, e iba a comenzar, a pesar de todos sus esfuerzos, contra su voluntad. La visita al monumento famoso iba a dividir su vida en dos. ¡Adiós, dulce y bondadosa serenidad! Sobre la mesa estaba el cuadernito en blanco, y cuando el caballero leía las palabras escritas en su primera página, *Felipe II*, su mirada, espiritualmente, iba, a través del espacio, hacia la remota casita, allá en el país lejano, en que el abuelo Juan sonríe en su cuadro, bondadosamente, y tiene un clavel en la mano.

—¿Se marcha el señor?—ha preguntado el camarero del hotel—. ¿Se marcha el señor sin ver el monasterio?

A primera hora de la mañana Juan se ha levantado y dispone las cosas para la marcha. Regresa a su tierra nativa sin haber entrado en el monasterio. La vida es amor. La vida es serenidad espiritual. La vida es paz y concordia. Por encima de todas las cosas, pone Juan su amor al Creador y su amor a las criaturas. Como el abuelo Juan, él quiere quedar entre las gentes, entre los seres queridos, con su sonrisa de bondad...

Horas después, al cruzar el Bidasoa, Juan ha cogido el cuadernito en que ponía *Felipe II* y lo ha tirado al río.

Miguel de Unamuno ha publicado recientemente un libro titulado *Andanzas y visiones de España*. He comprado y leído este libro y he comprado y leído su antecesor en el género, *Por tierras de Portugal y de España*, publicado en 1911. Las dos son obras de una gran sugestión, de una intensa belleza. Páginas hay en las *Andanzas* en que se percibe con profunda emoción todo el ambiente tradicional y severo de las pequeñas ciudades españolas.

El paisaje en Unamuno se halla impregnado de espiritualidad. Casi no son paisajes, casi no vemos lo que pretende pintar el autor. Vemos el colorario moral, místico muchas veces,

que el autor hace apoyándose en las ciudades, en los bosques, en las montañas. Los capítulos dedicados a El Escorial merecen especial mención.

Se habla de las acritudes, violencias y estridencias de Unamuno. ¡Qué sosegados, plácidos e inalterables se nos aparecen, por ejemplo, Ruskin y Tolstoi! De Ruskin dice La Sizerane en su conocido libro:

«Se han llamado contradicciones los ardores de Ruskin por todas las verdades que él ha creído descubrir las unas después de las otras, e inconstancias sus afectos por todas las grandes obras; tiranía, su celo; egoísmo, su generosidad».

Y de Tolstoi escribe su propio hijo, el conde León L. Tolstoi, en su libro, en francés, *La verdad sobre mi padre*:

«Contradicciones consigo mismo, los más extravagantes radicalismos intelectuales, la negación y el sacrificio de todas las formas materiales por un solo ideal religioso y espiritual: tal es Tolstoi juzgado por la razón».

No juzguemos a los hombres eminentes ni por sus contradicciones ni por sus violencias. Hay en ellos una norma más alta. En nuestro Unamuno, invariablemente, desde treinta años a la fecha, por encima de los accidentes cotidianos y ruidosos podemos recoger una enseñanza capital. Enseñanza alta, elevada, nobilísima: su concepto del progreso, radicado en el espíritu y en la virtud, y no en el goce bárbaro y sensual; su concepto de la civilización basada en la moralidad, y no en los adelantamientos materiales. Y esa doctrina, proclamada a todas horas, mantenida a todas horas, y precisamente en un país donde los políticos, los gobernantes no tienen (o tenían) más ideal que el goce y el enriquecimiento a toda costa; esa doctrina nobilísima bien vale un saludo de consideración profunda y de respeto.

AZORIN

(A. B. C. Madrid).

El máximo común divisor...

(Viene de la página 241)

Hoy los Estados Unidos emplean dos medios eficaces de operar en nuestra República la división nacional. El primero es la propaganda religiosa; el segundo la propaganda socialista.

La propaganda religiosa es, a la

Tarjeta de luto

Con el año finalizó sus días la niña Mercedes Montalto, ejemplar educadora costarricense. De los que se van, enternece hacer recuerdos buenos. Recordemos entonces a la niña Mercedes, excelente amiga y protectora del REPERTORIO. Lo leía con gusto y provecho—a sus años trataba de renovarse, de educarse,—preocupación de que carecen tantas maestras nuevas; contribuía a sostenerlo y se vivía empeñada porque otros a él se suscribieran y lo leyeran. Nuestros afanes pro cultura y libertad gozaron, pues, de sus simpatías y aplausos. A la niña Mercedes Montalto, maestras jóvenes, nunca le fué indiferente nada que implicara un adelanto espiritual para Costa Rica. Patriota de corazón, era suyo cuanto honrara y sirviera a Costa Rica.

Con esta nota colocamos unas siempre vivas sobre su tumba. Estos tributos de afecto a su memoria no le han de faltar, ciertamente. Otros harán lo mismo.

vez, católica y protestante. Tanto obispos metodistas y ministros presbiterianos como caballeros de Colón. Todo ello divide; todos ellos despedazan. El protestante diferencia de la grey católica un rebaño luterano o calvinista; el caballero de Colón refiere a la masonería católica de Boston o de Cincinnati las ovejas de Guadalajara y Tecamachalco. En el fondo, la operación es idéntica. Todos laboran con el mismo propósito. Calvinistas, luteranos, católicos, tirios y troyanos son yanquis, y México, el botín.

También en las filas del socialismo nacional suelen colocarse los redentores extranjeros. Ellos saben su objeto. Vienen a dividir a las masas populares en banderías opuestas que mutuamente se excluyen y combaten. Lo que desean es, sobre todo, la lucha, el conflicto, la discrepancia al menos. Que se segmente y subdivida sin término la conciencia, la fuerza nacional. Que se difunda por el cuerpo y el alma de la nación mexicana la ponzoña de la desconfianza recíproca; que cada mexicano recele de su prójimo, de su hermano, de su padre; que en vez de cuerpos circulen átomos dispersos y enemigos; que en lugar de Estados florezcan banderías y cofradías, cada vez más numerosas y hostiles. Que la Nación entera se pulverice y descomponga con todos los reactivos químicos de la perfidia y la disimulación. Entonces será tiempo de reiterar la tesis maquiavélica del fuerte: «Como los mexicanos no son capaces de unirse